
DOS AMORES

To Mrs. N. P.

Cuando llegamos á la mitad del contramuelle, el maestro se paró, extasiado ante la magnificencia del paisaje. Lentamente, anochecía, en un crepúsculo luminoso que pintaba de carmín el Occidente con los últimos rayos del sol, y comenzaba á dorar el mar de Levante con el reflejo dulce y pálido de la luna ¡Hora de inefable reposo! A nuestra espalda, la ciudad parecía muerta, oscureciéndose de momento en momento la mancha blanca de sus casas, sobre las cuales sombrea el castillo su enorme mole. El mar burbujeaba silenciosamente, levantando apenas levisima espuma, que parecía escarcha sobre el fondo de un azul intenso, inundado de luz brillante que cegaba la pupila.

Del horizonte, vago é indeciso, subía una faja violácea, y luego, en suave matiz, otra rosada, copia lejana de la de Poniente. Más arriba, sobre nuestras cabezas, el cielo iba tomando la diafanidad azul, (más llena de luz que de color), con que Tiepolo ha rodeado alguna de sus vírgenes.

Ni un rumor en el puerto, ni un crugido en los barcos. Lijera nubecilla, semejante á un cisne, flotaba sobre el cabo de Santapola; y á su derecha parpadeaba ya, debilmente, el más hermoso de los planetas.

Sobrecogido yo por la hermosura de aquella marina, y aún más —debo confesarlo— por el sello de tristeza que había en la cara del maestro, no acertaba á decir palabra. Por fin, exclamó él:

—¿Has creído tú nunca que se puede ser feliz fuera del mundo de los hombres?

—Sin duda,—dije.—Basta la felicidad interior, la tranquilidad de alma...

—No es eso—interrumpió él.—Todos los que ahora dices, son motivos humanos. Puedes ser feliz porque goces salud, ó porque te halaguen, ó por ser rico, ó porque has hecho una obra buena. De tales felicidades, todos pueden participar. Todavía en la que procuran las bellezas que el hombre crea, hay secretos motivos y vanidades de raza ó de especie, que la hacen... demasiado humana. Pero esto..., sentirse feliz ante la Naturaleza misma, nada

más que por ella, en la más pura y desinteresada de las contemplaciones, dejándote invadir por el espíritu de las cosas y subyugar por la fuerza y esplendor de lo que tú no has creado, ni puedes reproducir; eso, hijo mío, es lo más grande á que puede llegar nuestro sentimiento. ¿Te explicarás ahora por qué el Arte es casi siempre *humano*, y el triunfo que significa el *paisaje* moderno, en el cual la Naturaleza empieza á tomar aires de protagonista?

—No puedo hablar de pintura, maestro. Soy en ella un simple aficionado; pero algo de eso he notado en los libros. ¿Acaso hay en nuestros poetas, en nuestros novelistas, el sentimiento del paisaje, el sabor y la esencia del campo, no de los campesinos? Solo lo humano les interesa: y un cantor de las *cosas*, ese es más raro que las rosas verdes. Para un párrafo de Maupassant, en que estalla el amor al Mediterráneo, ó un recuerdo asturiano de nuestras Alas, ¡cuántas páginas en que las cosas son adornos mudos, puestos sin intención, con la más absoluta indiferencia, ó con artificio falso, en medio de la actividad de los hombres!

—Todo eso es verdad—interrumpió de nuevo el maestro apoyándose cariñosamente en mi brazo; pero no sentirás toda la fuerza que tiene hasta que hayas luchado para expresarlo en una obra, hija de tu mano y de tu cerebro. Créeme; así como la indiferencia de la mujer á quien amas sirve para aumentar tu cariño y

acrecentar en cualidades su imagen, así la Naturaleza crece y se agiganta á medida que luchamos más por poseerla. Yo he aprendido á adorarla en mis combates solitarios con la luz y el color; mientras apuraba mis fuerzas para imitar una forma, para fijar un matiz; en medio de las desesperaciones ó de las arrogancias del artista; gastando en ellas toda la energía de mis nervios, todo el temple de mi voluntad y, también, todo el amor de mi alma. Sí, hijo mío: he llegado á adorar las cosas como se adora a una amante bastante esquivada para espolear nuestro ánimo, pero no tan desdenosa que trueque la afición en odio.

Calló un momento, mientras el silbido agudo de un vapor llenaba los aires y se repetía largamente en el eco. La luz había decrecido mucho; ya no se veía más que una línea rojiza sobre las montañas, y tres pálidos rayos divergentes, que se perdían en el azul luminoso de lo alto. En el mar todo era oscuro, fuera de la dorada banda en que rielaba la luna, cada vez más brillante.

Olvidádomelo quizá, y como quien piensa en voz alta para sí solo, continuó el maestro: — Toda la ilusión de mi vida la he puesto en vencer á la realidad. Con ella he batallado dándole la existencia entera, mi sangre y mi cerebro, soñando siempre con hacerla mía, en una de esas que la gente llama «obras maestras.» Toda mi juventud se ha consumido así;

pero la victoria no ha llegado. Ahora ya soy viejo: las fuerzas me abandonan de día en día, y en medio de los aplausos del público, con toda la gloria que han querido poner sobre mi nombre, llevo en el alma la tristeza inmensa, imposible de comprender para quien no es artista, de notar cómo se van acabando y perdiendo las condiciones personales, sin que la misión esté concluída ni el deseo se declare vencido. Mañana, cualquier día, muy pronto, hablarán de mí con fingida conmiseración, haciendo sonar la palabra «decadencia»: otro nombre subirá al cénit como rayo luminoso, y ocultará el mío. Tal es la historia de siempre, y la de ahora será también. Quizá volverán más tarde á buscar mis obras, y no verán en ellas más que lo de fuera; pero la inmensa lucha que cada una ha costado, los cuidados y las zozobras que representa cada acierto, eso no lo verán: y sobre todo no verán que me muero sin haber hecho *mi cuadro*, el que he soñado toda la vida, y que no he podido hacer precisamente porque no lo he inventado yo, porque no es una imagen compuesta en el cerebro, sino eso de ahí enfrente: lo real, con todas sus formas y todo su espíritu!

No sabía yo qué decir, sobrecogido por aquella explosión de tristeza íntima. Calló de nuevo el maestro, y descubrió su cabeza blanqueada por los años.

—Ésos han sido mis amores—dijo volviéndose hacia la ciudad, donde las luces palidecían bajo el manto de claridad blanca que la luna enviaba.

—¿Nada más que esos, maestro?—dije yo con la cándida imprudencia de la juventud, que no conoce aun más vida que la suya propia y todo lo refiere á ella.

Miróme el maestro, y exclamó entre risueño y enfadado:

—¿Cuáles más? No sabes tú que un amor de esos es más grande que el de todas las mujeres del mundo?

—¿Qué se yo?—interrumpí, dando rienda suelta á mis ideas.—Yo también amo el campo, el mar, los crepúsculos hermosos; pero de todos los que he visto, solo permanecen en mi memoria, indeleblemente, aquellos que he admirado junto con alguna persona querida; y de ellos, éste será uno, maestro. Pero hay otros también que no olvidaré nunca. Poder añadir á la belleza de los lugares—al azul de ese mar, á la luz de ese crepúsculo, á la mancha violácea de esas montañas, al centelleo de esos astros,—recuerdos de palabras, de miradas y de canciones; decir, invocando imágenes pasadas: «aquí nos paramos; allá se apoyó en mi brazo; en aquella roca puso el pie breve y ligero, saltando como una niña juguetona» ¿no es maestro, añadir á las cosas un alma nueva, uniéndolas para siempre á nuestra vi-

da, haciéndolas interiores á nosotros mismos?

—Es inútil que sigas—dijo él sonriendo con aire paternal.—No podemos entendernos tú y yo. En tí habla la juventud, que solo vive para un sentimiento, y en ese derrocha todas sus energías. A tu edad, no hay ciencia, ni arte, ni Naturaleza ni nada: todas las cosas son fantasmas de apariencia, que el soplo del amor desvanece. Vuestra vida se resume en un nombre de mujer y por ella lo abandonais todo. Pero cuando tu vida se nutra de experiencia y de sentido; cuando desdobles tus facultades y resuelvas la simplicidad lineal de tu horizonte de ahora en la complejidad riquísima de la realidad, entonces nacerán en tí otras ansias y otros amores, y tu camino se iluminará delante de tí, con un nombre de idea y no de persona. Quizá el supremo arte y esplendor de la vida está en unir uno y otro; pero si es así (que no lo sé, puesto que no lo he logrado), sabrás entonces el oculto sentido que lo personal tiene en el mundo, y lo bajarás del pedestal que ahora le pones, para fundirlo con las cosas en la serenidad de tu alma, para la cual todo tendrá un espíritu y hablará igualmente el mismo idioma.

Emocionado por estas palabras que, aun misteriosas para mí, removían hasta lo mas profundo de mi ser, miré al maestro, cuyos ojos vueltos al cielo brillaban como los de un místico. No se qué desconocida turbación

me invadió todo: y por primera vez, desgarró el velo de ilusiones de mi juventud la idea de que mi vida no tenía aún nombre y estaba llena de fantasmas.

1891.

SEÑAL DE LOS TIEMPOS

Al señor D. Leopoldo Alas.

Los periódicos de París rebosan de elogios dirigidos á una novela de Dubut de Laforest, publicada en estos últimos días. Algunos repiten acerca de ella la frase de Pailleron: "C'est un livre plein de puissance et de vie." ¡De energía y de vida! ¿De vida? Tal vez. ¿Y por qué? ¿Por qué se dice eso de *Mademoiselle de Marbeuf*, como se ha dicho de *Mensonges*, de *La Première maitresse* de Catulo Mendes, y de tantas otras novelas análogas? ..

El aspecto general de la literatura contemporánea, el más visible y llamativo, produce una impresión de tristeza, tanto mayor cuanto más franca, más entusiasta es la comunión del crítico con el espíritu moderno; cuanto más se ha